EL PROYECTO LEXICOGRÁFICO DE DOS FRAILES ESPAÑOLES EN MÉXICO

PILAR MÁYNEZ

El proceso de conversión de los indígenas del Nuevo Mundo al Cristianismo por parte de los misioneros españoles supuso la instrumentación de un conjunto de estrategias que fluctuaron desde la simple exposición de lienzos que contenían diferentes episodios de la vida de Jesucristo hasta la traducción de textos sagrados a las lenguas amerindias; tarea, esta última, de indudable complejidad lingüística.

Procedentes, en su mayoría, de distintas universidades de España y Europa en las que se realizaban ya la codificación gramatical de las lenguas vulgares y la traducción y fijación de textos sagrados, los misioneros lingüistas iniciaron así una intensa labor gramatical y lexicográfica cuya repercusión se deja sentir hasta nuestros días. De la época colonial provienen, por ejemplo, el arte del náhuatl del jesuita Horacio Carochi y otra del achagua, idioma vernáculo de Colombia, escrito por el también jesuita Alonso Neira y Ribera; ambas descripciones no han sido superadas, como lo reconocen quienes en la actualidad trabajan con renovados métodos en su análisis y valoración.

Fray Alonso de Molina y fray Bernardino de Sahagún fueron dos notables exponentes de estas actividades. Contemporáneos, hermanos de Orden, incansables impulsores de las tareas académicas del Imperial Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco, recinto educativo de excelencia en el que se conjugaban las actividades de docencia e investigación, los dos frailes realizaron la reducción a artificio gramatical de la lengua náhuatl que tan bien conocieron. El *Arte de la lengua mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina que según Miguel Mathes probablemente llegó a formar parte de la biblioteca del Imperial Colegio de Santa Cruz Tlateloloco,[1] se imprimió en 1571 y

[1] Véase Miguel Mathes, *Santa Cruz de Tlatelolco: La primera biblioteca académica de las Américas*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1982, la parte correspondiente al Apéndice II, "Impresos mexicanos que probablemente formaron parte de la biblioteca del Colegio Imperial de Santa Cruz", p. 55.

en 1576;[2] pero el *Arte* de fray Bernardino de Sahagún, se extravió junto con el manuscrito de la *Historia general* de 1569 y un vocabulario que acompañaba a su obra antropológica.[3] Ahora bien, en 1585 el franciscano comentaba que estaba acabando "el arte y vocabulario de la lengua mexicana", pero en 1569 aseguraba que había terminado esa obra; tales aseveraciones nos llevan a considerar, por tanto, que existieron dos versiones diferentes de las cuales desafortunadamente no se conserva ninguna.

De gran interés, sin duda, resultaría para la historiografía lingüística conocer la particular forma en que Sahagún procedió en la descripción de esta lengua incorporante, a fin de valorar la exposición que realizó de los contenidos morfológicos y sintácticos, los ejemplos con que decidió ilustrar sus explicaciones teóricas y los parámetros de referencia tomados de la imperecedera tradición grecolatina. Aunque no contamos con esta obra, sí, en cambio, nos ha llegado un amplísimo elenco lexicográfico contenido en su monumental *Historia general de las cosas de Nueva España* y un conjunto de glosas que incluyen importantes anotaciones gramaticales y semánticas, como veremos a continuación.

La confección de artes en náhuatl, como en otras tantas lenguas indígenas, planteaba grandes problemas metodológicos relacionados con los modelos previos de descripción que contaban con una consolidada legitimidad. El gran estudioso alemán Wilhelm von Humboldt, a quien debemos entre otros importantes aportes el concepto de la permanente creatividad del lenguaje humano que inspiró más tarde a la teoría del generativismo suscrita por Noam Chomsky, la división tipológica de las lenguas a la que hoy día se sigue recurriendo y la compilación de un rico y diverso material lingüístico procedente de distintas latitudes, fue muy riguroso en sus apreciaciones relativas al trabajo de los misioneros. Sostuvo que éstos habían sido "poco aptos para indagar lenguas cuyas estructuras audaces eran semánticamente nuevas". Manfred Ringmacher, adhiriéndose al cuestionamiento planteado en este sentido por Humboldt, afirma que la aplicación de los

[2] Ascensión H. de León-Portilla consigna en su bibliografía el *Arte de la lengua mexicana y castellana* editada por Pedro Ocharte en 1571 y la editada por Pedro Balli en 1576, la reimpresa por el Museo Nacional en 1886. Registra también un trabajo que incluye las ediciones de 1571 y 1576 en la *Colección de gramáticas de la lengua mexicana* y, por último, la reproducida por Antonio Graino en 1945. Véase *Tepuztlahcuilolli, impresos en náhuatl,* México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas e Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1988, tomo II, p. 277-280.

[3] Al "Arte y Vocabulario appendiz" se refiere Sahagún en el prólogo al Libro I del *Códice florentino*.

modelos gramaticales a los nuevos, conllevaba el peligro de un "acomodo engañoso".[4]

Otros estudiosos, por su parte, han destacado la trascendencia del trabajo de codificación de las lenguas indoamericanas realizado por los frailes. Michel Launey y Manuel Galeote, coinciden con Klaus Zimmermann en que:

> En Molina y en otros lingüistas de la época colonial se halla un nivel de reconocimiento gramatical todavía no superado, pues no puede olvidarse que las lenguas indígenas carecían de alfabeto, que los frailes debieron inventar métodos de campos intercomunicativos para aprender la lengua, obtener los datos lingüísticos, entenderse con los indígenas y, posteriormente lograr redactar los datos reunidos, exponer sus observaciones lingüísticas y dar a la imprenta estos trabajos.[5]

Las reservas que han manifestado algunos investigadores respecto a las obras gramaticales y lexicográficas llevadas a cabo por los lingüistas misioneros son injustificadas, si se piensa que entre las propuestas que las distintas corrientes estructuralistas sostuvieron a lo largo del siglo pasado destacan precisamente la necesidad de que la descripción de los diferentes sistemas se efectúe conforme a su peculiar estructura, y no según los modelos dictados por la tradición occidental. Por tanto, las críticas dirigidas al trabajo de los gramáticos misioneros del siglo XVI pierden peso si se considera que éste es un problema que sigue preocupando, incluso, a los teóricos de vanguardia.

El contexto que he presentado aquí, espero permita valorar mejor las obras lexicográficas de esos dos grandes franciscanos a quien brevemente nos referiremos aquí: Molina y Sahagún, ambos herederos de una muy antigua tradición, pero pioneros en la descripción de un sistema lingüístico, del que hasta el siglo XVI no se tenía noticia.

Es un hecho que la obra gramatical y lexicográfica del sevillano Antonio de Nebrija fue el patrón más cercano que siguieron los misio-

[4] Véase "El *Vocabulario* náhuatl de Molina leído por Humboldt y Buschmann", *La descripción de las lenguas indígenas en la época colonial*, editado por Klaus Zimmermann, Madrid, Bibliotheca Iberoamericana, 1997, p. 76.

[5] Manuel Galeote en el prólogo al *Vocabulario* de fray Alonso de Molina, *Aquí comiença un vocabulario en lengua castellana y mexicana,* edición de Manuel Galeote, Málaga, Analecta Malacitana, Anejo XXXVII de la Revista de la Sección de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras, 2001, p. XXX. Dice Launey: "Lejos han de quedar todos los prejuicios que hacen de los gramáticos misioneros unos religiosos de corta vista, incapaces de reconocer las especificidades de las lenguas indígenas. En el caso del náhuatl, por lo menos, supieron despejar los grandes principios de la gramática y hacer el inventario de los morfemas y de los procedimientos. En *La descripción de las lenguas indígenas en la época colonial...* p. 39.

neros lingüistas. La repercusión de las *Introducciones latinas* (1481), del *Diccionario latino-castellano* (1492) y del *Vocabulario español-latín* (1495) se hizo sentir en el Viejo y Nuevo Mundo, por igual.[6] El *Vocabulario español-latín* (1495) de Nebrija, reeditado en 1516, sostiene Thomas Smith, sirvió de fundamento para conformar el magno *Vocabulario en lengua castellana* de fray Alonso de Molina en 1555,[7] que amplió de manera considerable en 1571; a éste, el fraile incluyó un segundo gran apartado en lengua mexicana y castellana que, a su vez, sirvió de modelo para la confección de otros lexicones.[8]

El objetivo del *Vocabulario* de Molina fue servir a los gobernantes en sus funciones para que lograran una comunicación más eficaz con los indios y, también, claro está, a los frailes encargados de la difícil misión que los había traído a América. Por supuesto, que el voluminoso corpus iba dirigido así mismo, como apunta su autor, a "los demás que con estos naturales han de tractar..."[9]

Ahora bien, la obra lexicográfica de Molina no debe considerarse un mero traslado del *Vocabulario* nebrisense. Thomas Smith ha compro-

[6] Thomas Smith comenta que en 1512 y 1513 se publicó una nueva redacción de estos diccionarios, junto con un diccionario de nombres geográficos. La parte español-latín se publicó dos veces en 1513. Siguió otra impresión en 1513 y dos más en 1516. Una última redacción fue publicada en 1520. La historia de la publicación y evolución de este diccionario es oscura y llena de confusiones. Por ejemplo, Gerald MacDonald (1971) publica "una trascripción crítica" de la versión del diccionario publicado en Sevilla en 1516, pero Esparza y Niederehe (1995) identifican tres versiones del vocabulario con estas características. Una parece ser una reimpresión de la de 1506 de Juan Cromberger, evidentemente no la que publica MacDonald. Pero las otras dos son de Juan Varela y muy parecidas.

Igualmente confusos son los antecedentes del facsímil de 1516 que incluye la Real Academia en su Nuevo Tesoro (2001). Este facsímil está reconstruido a partir de dos ejemplares del diccionario, uno de la Biblioteca Nacional de Madrid y el otro de la Biblioteca de la Universidad Complutense. Las diferencias entre las dos (o tres) y 12 impresiones del diccionario tampoco son claras. MacDonald dice que "Puesto que la segunda edición es la versión corregida y reelaborada del mismo autor, ésta tiene la virtud de ser la edición más autorativa y, como tal, la última palabra del autor sobre el asunto". No nos explica por qué no tomó, por estas mismas razones, una de las ediciones que publicó Arnao Guillén de Brocar en Alcalá en 1520, última sacada durante la vida del autor. Tampoco nos explica que la redacción de 1516 que él transcribe en realidad fue publicada por primera vez en 1513.

Manuscrito *La aportación de los diccionarios bilingües de la Nueva España a la lexicografía del español*.

[7] Poco caso han hecho los estudiosos a este primer *corpus* de Molina; así lo advierte Manuel Galeote en el estudio introductorio a la más reciente edición de esta obra.

[8] En su manuscrito, *La aportación de los diccionarios bilingües de la Nueva España a la lexicografía del español,* dice Thomas Smith que, por ejemplo, el diccionario español-tarasco de Gilberti (1559) es una traducción de Molina 1555 pues sustituye el náhuatl por el tarasco. Cualquier deuda que pudiera tener con Nebrija se adquirió vía Molina, p. 3.

[9] Véase Miguel León-Portilla en el estudio preliminar al *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* de fray Alonso de Molina, México, Ed. Porrúa, 1977, p. XLIX-LII.

bado, mediante un minucioso cotejo, que algunos verbos documentados en Nebrija como *jubilar* no se encuentra en Molina, y que éste, por su parte, registró 30 verbos en sus *Vocabularios* de 1555 y 1571 que no aparecen en aquél. Por su parte, Juan M. Lope Blanch, ha confrontado, así mismo, las primeras 21 páginas del *Vocabulario* de Molina con el del sevillano y ha comprobado que un centenar de voces introducidas por aquél no se encuentran en el material lexicográfico de éste.

Pero Molina, además de consignar los distintos sentidos que adquirieron los vocablos españoles en tierras amerindias, tuvo que incluir voces que aludían a realidades indígenas inexistentes para los europeos; tuvo que acuñar, a través de procesos derivativos a los que tanto invita la lengua mexicana, diferentes palabras. Ascensión H. de León-Portilla ha analizado los diferentes mecanismos de los que el fraile se valió para incorporar significantes y significados en su *corpus*; advierte que son 1045 los neologismos que aparecen en su obra de 1555 y que las principales estrategias que siguió consistieron en aprovechar los vocablos existentes dotándolos de nuevos contenidos, como es el caso de *atlalilli* para traducir 'aljibe' y recurrir a largas perífrasis que daban una idea aproximada del referente como en *ayotontli xoxouhca qualoni* para aludir a 'pepino'. Otro procedimiento más que identifica Ascensión Hernández es el de la creación de familias léxicas a partir de una unidad nuclear, como es el caso de *tepuztli*, mediante la que se generaron los campos semánticos relacionados con las *armas, instrumentos,* e *impresos en libros.*[10]

La designación de las realidades indígenas inominadas, por tanto, en Europa instó a los frailes a acusar su ingenio para la articulación de diferentes métodos lingüísticos, algunos de ellos muy complejos. El medio más viable para internarse en el mundo de ese "otro" que había que traducir e interpretar fue la palabra. Así lo comprendió fray Bernardino de Sahagún quien, como Molina, se dedicó a la elaboración de trabajos gramaticales y lexicográficos, al transvase de textos sagrados —con todos los problemas lingüístico-conceptuales que dicha empresa entrañaba, y a los que por razones de espacio no nos podemos referir aquí— y a la conformación de una magna obra antropológica-lingüística que hoy nos permite acercarnos, como ninguna otra, al pensamiento y a la historia del pueblo mexica.

La confección de esta última —tal como lo podemos apreciar en los 88 folios que se conocen como *Primeros memoriales* realizados con la colaboración de sus alumnos e informantes indígenas en Tepeapulco,

[10] Véase Ascensión H. de León-Portilla, "Fray Alonso de Molina, lexicógrafo e indigenista", *Caravelle,* Toulouse, 2001, 76-75, p. 235-241.

Hidalgo— es justamente una lista de palabras sobre los diversos componentes que integraban el universo náhuatl. (Figura 1).

Estos primeros registros lexicográficos fueron complementándose conforme el fraile iba enriqueciendo su información en las etapas sucesivas de su trabajo hasta llegar a integrar lo que podría constituir el calepino, el cual, como él mismo explica en el prólogo a su magna *Historia general* no pudo concretar. Sus propósitos lingüísticos quedaron claramente expresados en una nota que aparece en el folio 160r del *Códice matritense* que se encuentra en el Real Palacio, donde especifica que "De la manera que está este cuaderno [ha] de ir toda la obra".[11] Un ejemplo de ello lo vemos en los escasos folios que conforman lo que Del Paso y Troncoso llamó *Memoriales con escolios*, en los que se abordan temas relacionados con los cuerpos celestes, los mitos cosmogónicos y algunos fenómenos meteorológicos, así como con las relaciones de parentesco propias de la sociedad mexica. De este modo, los *Memoriales con escolios* quedaron constituidos por la relación castellana a la izquierda, que no es sino una versión parafrástica de la náhuatl, que aparece en medio, y las glosas explicativas del apartado central en la parte derecha.[12] Estos textos que ocupan 17 folios de su magna *Historia*, representan, insisto, el modelo como pensaba fray Bernardino disponer toda su obra.

Ahora bien, si comparamos someramente algunas de las glosas de estos textos con los artículos de los *Vocabularios* de 1555 y 1571 de fray Alonso de Molina, podemos advertir que existen diferencias en cuanto a la incorporación de vocablos, a la forma en que se incluyen y a sus definiciones. En la sección mexicano-castellano del gran corpus de 1571 que es al que atenderemos aquí,[13] encontramos que fray Alonso procede sistemáticamente en la enunciación de nombres y verbos.

[11] Dice Miguel León-Portilla que "debía ella —como ya se dijo— ofrecer el texto en náhuatl al centro, su versión castellana no literal sino parafrástica a la izquierda y las anotaciones lingüísticas a la derecha. Otra anotación suya lo confirma en el folio 178r donde aparecen los mismos textos pero "de ruin letra". La nota dice: "Esto es el borron [borrador] del quaderno primero". Tal cuaderno ya en limpio fue el único que intentó copiar de "buena letra", completa las tres columnas con testimonios que se refieren a "los cuerpos celestes" y a "padres, madres, hijos, abuelos", etcétera, tanto "los buenos" como "los malos" y "viciosos". En *Bernardino de Sahagún. Pionero de la antropología*, México, UNAM, El Colegio Nacional, 1999, p. 139.

[12] Sobre estos manuscritos explica Jesús Bustamante que están concentrados en dos cuadernillos y se encuentran en la Biblioteca del Palacio Real, junto con otros textos que conforman los *Códices matritenses*. El primer cuaderno ocupa los folios 160 a 170 y el segundo, los folios 170-177. *Fray Bernardino de Sahagún, una revisión crítica de los manuscritos y de su proceso de composición*, México, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, 1990, p. 258.

[13] Esta versión como se ha especificado ya contiene la parte náhuatl-castellana que permite, por tanto, establecer las comparaciones que se pretenden en este trabajo.

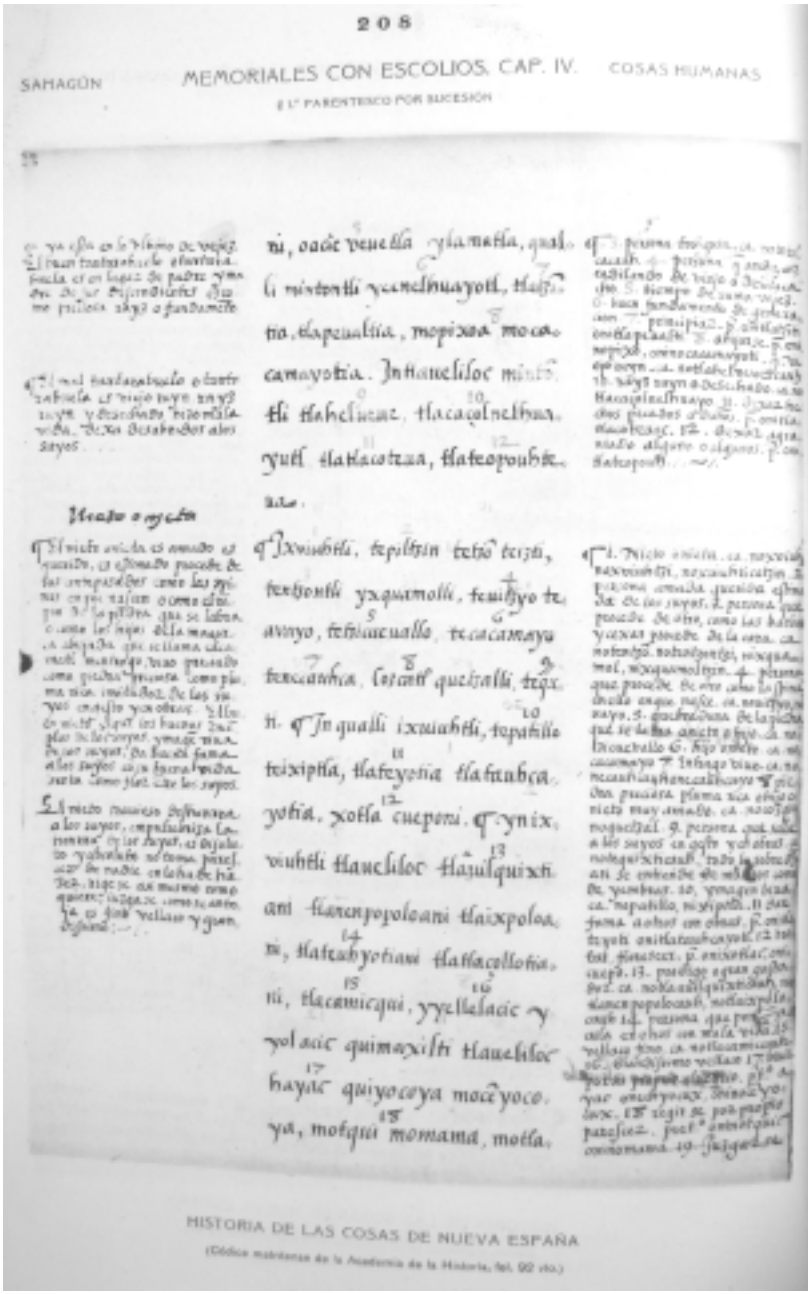

Figura 1. *Primeros memoriales,* f. 92

En el primer caso aparece el término náhuatl e inmediatamente su somera equivalencia castellana; para el segundo, el franciscano proporciona, seguida de la entrada, la indicación del tipo de verbo que se trata, (transitivo, intransitivo, reflexivo); esto a través de las partículas correspondientes yuxtapuestas al pronombre personal y la definición de la forma verbal en castellano, siempre acompañada de su tiempo pretérito.[14] Veamos los casos mencionados:

Nochoctli 'vino de tunas'
Texca 'chinche grande'
Mixpopoloa 'destruirse el pueblo'. pre. *omixpopolo*
Yaualoa. Nitla. 'andar en procesión, o alrededor, o rodear'. pre. *onitlayaualo*

Para indicar la categoría de adjetivos, Molina antepuso en la definición castellana, de manera regular, el término "cosa":

Teyolizcali 'cosa que abiva y da entendimiento al alma'.
Coxonqui 'cosa seca y muy molida'.

Por su parte, fray Bernardino procedió de manera sistemática en la enunciación de aquellos términos que decidió explicar en la sección de los escolios. Con un indicador numérico, Sahagún trasladó a esta columna de glosas lingüísticas principalmente nombres y verbos que él consideró importante señalar de su narración, aunque también se observaban varios adjetivos que define mediante el mismo procedimiento de Molina, antecedido del vocablo "cosa". Cuando de nombres sustantivos se trata, proporciona la definición española, y a diferencia de fray Alonso, inmediatamente después, y siguiendo de cerca a Nebrija, la especificación "caso",[15] que indica la pertenencia de la voz a la categoría nominal y la forma como se compone con el prefijo pronombre en primera persona. Por lo que toca a los verbos, encontramos con su dígito correspondiente de acuerdo al texto cen-

[14] "Todos los verbos de la lengua se pondrán en la primera persona del presente de indicativo [si la tuviesen] y si no, en la tercera porque ésta todos los verbos la tienen... Pero el romance (o sea la versión castellana) de los verbos se pondrá en el infinitivo, como lo pone Antonio de Lebrixa en su vocabulario". En el mencionado estudio preliminar, p. LVI.

[15] Para mayor referencia al respecto véase el trabajo de Eréndira Nansen Díaz, "Nebrija en la descripción y prescripción de las lenguas de México durante la Colonia", en *Memoria del coloquio. La obra de Antonio de Nebrija y su recepción en la Nueva España. Quince estudios nebrisenses (1491-1992),* Ignacio Guzmán Betancourt y Eréndira Nansen Díaz, editores, México, INAH, 1997, p. 81-97.

tral, la equivalencia castellana del vocablo nahua, acompañada de su forma pretérita.

Nantli 'madre' . caso, *nona, nonan, nonantzin.*
Yxtotomaua 'andar desasosegado o alivianado' p. *Nixtotomauac.*

Ahora bien, en ocasiones encontramos que existe una correspondencia absoluta en los registros de Molina y Sahagún:

Vocabulario: *tlae*Votilli 'cosa ensangrentada'.
Memoriales: *tlaez*Votilli 'cosa ensangrentada'.

Otras veces, las diferencias son de matices en cuanto a la acepción o enunciación del término:

Vocabulario: *tona* 'hazer calor o sol'. p. *Otonac.*
Memoriales: *tona* 'resplandecer'.[16] p. *Otonac.*

Pero en otras varía la enunciación y la definición:

Vocabulario: *tenonotzaliztli* 'amonestacion, platica, reprehension, sermon'.
Memoriales: *tenonotzale* 'persona que da buenos avisos'. ca. *notenonotzalecauh.*

En algunos casos las definiciones de Molina resultan más explícitas que las de Sahagún. El término *comalli* se traslada con su correspondiente dígito a la columna de escolios sólo como *comal*. Para Sahagún este vocablo nahuatlizado era un elemento constitutivo del español hablado en México en el siglo XVI, de ahí que no requiriera mayor explicación; no obstante, en el *Vocabulario* de fray Alonso de Molina aparece definido como 'comal adonde cuezen tortillina de maiz'.[17]

[16] Según el *Diccionario de la lengua española,* resplandecer es "despedir rayos de luz unas cosas".

[17] Thomas Smith comenta, refiriéndose específicamente al *Vocabulario* de Molina, que es posible distinguir tres tipos de préstamos: los naturalizados, seminaturalizados y metalingüísticos. Los primeros se emplean como palabras ya plenamente integradas al español, como *chía* en la entrada *azeyte de chia*; los seminaturalizados agregan una explicación para los que no entienden la palabra: *Axi pimienta de la tierra* y los metalingüísticos en los que una palabra se cita como un término de otra lengua que puede aclarar el significado para los que la conocen "Axuia.nitla.vntra o embixar algo con cierto vnguento que se llama axin. Preterito. onitlaaui". En "El"Primer Nebrija Indiano". Apuntes sobre una nueva edición del *Vocabulario* de Alonso de Molina", *Nueva Revista de Filología Hispánica,* México, El Colegio de México (Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios), 2002, tomo L, n. 2, p. 538-539.

Pero también en los escolios de los citados *Memoriales* se incorporan voces y definiciones que no consideró Molina en su *corpus*. *Calmecac* 'las casas templo donde moraban los que servían al templo' y *etzalqualoya* 'comer mayz cocido' no aparecen en el *Vocabulario* de Molina.

Como se puede comprobar con este somero análisis, los *Memoriales con escolios* que forman parte del magno proyecto de la *Historia general*, constituye un complemento del exhaustivo registro lexicográfico realizado por Molina. Sahagún no pudo dar remate a esta presentación de su obra que nos ha permitido, por sus particulares características, comparar con el *Vocabulario* de 1571 del otro gran franciscano; sin embargo, su preocupación lingüística quedó patente en su producción más acabada e integral, el *Códice florentino*, donde se encuentra contenido lo que se decía era el *Calepino*, esto es, la compilación enciclopédica de la civilización mexica.[18]

En suma es un hecho indudable la influencia que ejerció Elio Antonio de Nebrija, fundador de la descripción de las lenguas vulgares, en la elaboración de vocabularios elaborados en el Nuevo Mundo, pero también es un hecho indudable el que los gramáticos misioneros encargados de tan difícil tarea, de quienes Molina y Sahagún son dignos representantes, tuvieron que diseñar modelos lexicográficos acordes a la naturaleza de idiomas de tipología diferente a la latina y castellana. La relación de transvase que aparece en esos corpus bilingües no representó sólo el ajuste a patrones morfológicos establecidos sino, en algunos casos, un profundo replanteamiento a esos cánones que exigían la conceptualización y acuñación de una designación lingüística propia a su particular estructura y, por supuesto, la incorporación de innumerables voces nativas que aludían a una muy específica cosmovisión.

[18] Manfred Ringmacher advierte que "Molina, autor del siglo XVI, se encuentra en oposición neta con los trabajos de orientación claramente etnográfica de otros autores franciscanos, los cuales ofrecen una idea mucho más viva de la impresión profunda que tiene que haber producido la civilización azteca... Por otro lado, se observará que la compilación enciclopédica realizada por Bernardino de Sahagún ha sido entendida por el compilador mismo como empresa lexicográfica". En "El *Vocabulario* náhuatl leído por Humboldt y Buschmann", p. 77.

Respecto el calepino del fraile, véase Pilar Máynez, *El calepino de Sahagún. Un acercamiento*, México, Fondo de Cultura Económica, ENEP Acatlán, 2002.